

TONY JUDT

EL PESO DE  
LA RESPONSABILIDAD  
BLUM, CAMUS, ARON Y EL SIGLO XX FRANCÉS

*Traducción de Juan Ramón Azaola*

taurus historia



## ÍNDICE

PREFACIO.....	11
INTRODUCCIÓN	
El juicio erróneo de París.....	15
 UNO	
EL PROFETA DESDEÑADO	
Léon Blum y el precio de la transigencia.....	49
 DOS	
EL MORALISTA RETICENTE	
Albert Camus y las incomodidades de la ambivalencia.....	129
 TRES	
EL <i>INSIDER</i> PERIFÉRICO	
Raymond Aron y el salario de la razón.....	199
 Lectura complementaria.....	265
Índice analítico.....	271



«El romanticismo francés», dice Goethe, «nace de la  
Revolución y del Imperio: ¡Gloria y Libertad! Del  
movimiento socialista veremos nacer un nuevo lirismo:  
¡Justicia y Felicidad!».

LÉON BLUM

Si existiera un partido de los que no están seguros de tener  
razón, yo estaría en él.

ALBERT CAMUS

Nunca se trata de la lucha entre el bien y el mal, se trata de  
lo preferible contra lo detestable.

RAYMOND ARON



## PREFACIO

Estos ensayos fueron concebidos originalmente para las Bradley Lectures de la Universidad de Chicago, y le estoy agradecido tanto a la Bradley Foundation como al profesor Robert Pippin, presidente del Comité para el Pensamiento Social de la Universidad de Chicago, por la oportunidad que me facilitaron para desarrollar algunas de mis ideas sobre Francia y los intelectuales franceses.

La Universidad de Nueva York me concedió generosamente el permiso para trabajar en este y en otros proyectos, y parte de ese permiso transcurrió en 1995 como invitado del Institut für die Wissenschaften vom Menschen (IWM) en Viena, donde mi estancia fue parcialmente subvencionada por una beca de la Fundación Volkswagen. Estoy agradecido a estas instituciones por su apoyo, y al director del IWM, el profesor Krzysztof Michalski, por su constante hospitalidad. Mi editor en la University of Chicago Press, T. David Brent, ha sido indulgente y comprensivo a pesar de haber tenido que esperar a este libro bastante más tiempo de lo que habíamos previsto.

De los ensayos sobre Albert Camus y Raymond Aron se presentaron versiones en Northwestern University, Michigan State University, McGill University y en la Universidad de Viena, así como en la misma Universidad de Chicago, en con-

ferencias públicas y en seminarios. Tanto las audiencias como los participantes en esas sesiones, así como mis propios alumnos en el Instituto de Estudios Franceses de la Universidad de Nueva York, propusieron diversas críticas y sugerencias, mejorando este libro con su contribución. Por supuesto que las peculiaridades y los errores del mismo son míos.

En las citas de las obras de mis tres personalidades me he tomado la libertad de traducirlos nuevamente en casi todos los casos, en lugar de utilizar versiones de traducciones al inglés ya existentes. Cuando no ha sido el caso, lo he indicado en las notas. Una completa referencia a la fuente original y algunas sugerencias de lecturas complementarias pueden encontrarse en las notas y en la corta reseña bibliográfica del final, titulada «Lectura complementaria».

Este libro está dedicado a la memoria de François Furet. Fue una invitación suya la que me incitó a preparar estas conferencias, y gracias a su apoyo entusiasta las pude consagrar a Blum, Camus y Aron. Furet era un admirador de estos tres hombres, aunque sus vínculos, intelectuales y personales, eran, por supuesto, más próximos a Raymond Aron. En París dirigió el instituto que lleva el nombre de Aron, y cuando murió estaba trabajando en un estudio sobre Alexis de Tocqueville, quizá el pensador francés favorito de Aron. Pero Furet fue en cierta medida el heredero natural de Blum y de Camus no menos que de Aron. Su erudita obra sobre la historia de la Revolución Francesa, rechazando primero la interpretación marxista y después la reciente y convencional «historia cultural», le valieron una oposición académica a ambos lados del Atlántico. Su valiente condena de la palabrería política de su época, tanto de lo «anti-anticomunista» como de lo «multicultural», le creó enemigos políticos en Francia y en el extranjero. Y su creciente influencia en la comprensión pública del pasado francés llevó a sus oponentes al paroxismo del resentimiento, notablemente con ocasión del bicentenario de la Revolución, cuando los ataques a Furet y a su

«escuela» adquirieron un carácter marcadamente personal y ad hómitem.

Todo ello les hubiera resultado muy familiar a los hombres a los que están dedicados estos ensayos. Como ellos, François Furet fue un intelectual conocido, cuyas virtudes como *insider* no le evitaron ser tratado en varias ocasiones y en varios círculos como un advenedizo e incluso como un renegado. Como ellos, fue a contracorriente, y en su caso dos veces: primero al socavar y remodelar la historia de la Revolución, el «mito fundacional» de la nación francesa, y luego al publicar, al final de su vida, un ensayo enormemente influyente sobre el comunismo, el mito (o, en palabras de Furet, la ilusión) del siglo xx. Como ellos, fue en ocasiones mejor considerado fuera de su país que dentro de él. Y como ellos, su influencia y sus ideas han triunfado sobre las de sus críticos y seguramente durarán mucho más que las de estos. Se ha comentado mucho que no ha habido ni hay una escuela Furet de historia de Francia. Pero tampoco hay una escuela Aron de pensamiento social francés, ni una escuela Camus de moralistas franceses, ni una escuela Blum de socialdemocracia francesa. Estos hombres no representaron un modelo beligerante del compromiso social o político francés; se representaban, en definitiva, solo a sí mismos y a aquello en lo que creían. Y esa es la razón por la que, con el tiempo, han llegado a simbolizar buena parte de lo mejor de Francia.





## INTRODUCCIÓN

### EL JUICIO ERRÓNEO DE PARÍS\*

La historia no está escrita como ha sido experimentada, ni debiera estarlo. Los que habitaron el pasado saben mejor que nosotros cómo era vivir en él, pero no estaban bien situados, la mayoría de ellos, para comprender qué les estaba pasando y por qué. Cualquier imperfecta explicación que podamos ofrecer de lo que tuvo lugar antes de nuestro tiempo depende de las ventajas de la retrospectiva, incluso aunque esta sea en sí misma un obstáculo insuperable para una completa empatía con la historia que estamos tratando de comprender. Cada forma de los acontecimientos pasados depende de una perspectiva tomada en el lugar y en el tiempo; todas ellas son verdades parciales, aunque algunas adquieran una credibilidad más duradera.

Esto lo sabemos intuitivamente porque describe bien el proteico perfil de nuestras propias vidas. Pero desde el momento en que reconocemos que también es la verdad para

---

\* Con el título original de la Introducción, «The misjudgment of Paris», quiso hacer Judt un juego de palabras que en español plantea un problema de traducción insoluble. En inglés, París, la capital francesa, no se acentúa; se escribe Paris como el personaje mitológico. Judt utiliza la alusión al famoso «juicio de Paris», desencadenante de la guerra de Troya, para referirse al error de París, como centro de la vida política y cultural francesa, por la actitud de sus representantes, en particular los intelectuales, hacia las tres figuras en las que se basa el libro: Blum, Camus y Aron. [N. del T.]

otros, y que *su* versión de *nuestra* vida también es parcialmente plausible, estamos obligados a conceder que puede haber una infinidad de posibles explicaciones para múltiples pasados individuales que se cruzan y se superponen. Por conveniencia social y psicológica vivimos con una reconocida versión común de la trayectoria de vidas individuales: de la nuestra y de las de nuestros amigos, colegas y conocidos. Pero este mínimo común denominador de identidad funciona en gran medida porque casi nunca tenemos una buena razón para cuestionar la narrativa que nos hemos asignado a nosotros o a los demás. Excepto en los momentos de una inusual crisis no emprendemos un cuestionamiento intrusivo experimental de nuestra relación actual con la persona que una vez fuimos; y, para la mayoría de nosotros, tales esfuerzos por desempaquetar la naturaleza y el significado de nuestros pasados requieren una parte muy pequeña de nuestras horas de vigilia. Es más fácil, y más seguro, seguir adelante como si esos asuntos estuvieran decididos de antemano. E incluso si hemos elegido preguntar, incesante y enfermizamente, quiénes éramos y quiénes somos y cómo llegamos a ser de esa manera y qué deberíamos hacer a la luz de las conclusiones que alcancemos de semejante autoinvestigación, nada cambiaría mucho en nuestra relación con la mayoría de las demás personas, cuyos mundos continuarán básicamente inafectados por tan narcisistas cavilaciones por nuestra parte.

Pero lo que es cierto en los individuos no lo es en las naciones. El significado de ser asignados a una historia común, sus implicaciones en las relaciones intraestatales e interestatales en el presente, la posición moral e ideológica de crónicas alternativas y mutuamente exclusivas de comportamientos y decisiones colectivas del pasado distante o reciente son lo más disputado de todos los terrenos nacionales; y es el pasado el que casi siempre está sobre el tapete, incluso cuando el presente o el futuro están ostensiblemente sujetos a discusión. En

muchos lugares la nación misma existe en gran medida precisamente en virtud de esas discrepancias; no hay ninguna versión acordada o concedida del pasado colectivo que pueda escapar a tales esfuerzos por instrumentalizarlo, porque son precisamente los mismos desacuerdos los que constituyen la identidad fundamental de la comunidad.

Este es un asunto particularmente moderno. En los imperios, Estados y comunidades del pasado más distante no había, en circunstancias normales, fuentes rivales de autoridad política, ni se daban explicaciones inconmensurables sobre quién debía ejercer el poder y por qué. La historia, en tanto que fuente de la legitimidad presente, era unitaria, y de ese modo, en el sentido en que ahora la experimentamos, no era historia en absoluto. La mayoría de la gente que en un momento dado ha vivido en este planeta no ha tenido un acceso autónomo a su historia. Su versión de cómo llegaron a ser lo que eran resultaba provinciana y funcional, y también inseparable de la más amplia historia que les era contada por quienes les gobernaban, una historia de la que, en cualquier caso, solo eran vagamente conscientes. Siempre que el poder y la autoridad siguieran siendo el monopolio de una familia, de una casta, de una hacienda o de una élite teocrática, las insatisfacciones del presente e incluso las expectativas del futuro seguían siendo esclavas de una versión del pasado común que en ocasiones podía resultar molesto pero que no se enfrentaba a una competencia subversiva.

Todo esto cambió con las turbulencias revolucionarias que dieron origen a la política tal como ahora la conocemos. Para hacer creíbles y legítimas las reivindicaciones y promesas de un orden posrevolucionario fue necesario establecer que, al igual que los hombres y el orden a los que habían desplazado, los recién llegados tenían un relato que narrar sobre la historia de la sociedad y del Estado que querían gobernar. Y puesto que esa historia sobre todo tenía que justificar el excepcionalmente perturbador curso de los aconteci-

mientos que habían llevado a ese cambio, necesitaba no solo reafirmar sus propias reivindicaciones sino además descalificar profundamente las del viejo orden. El poder político moderno descansaba así sobre una particular afirmación de la historia; como resultado, la historia se hizo política.

Esa transformación se asocia habitual y acertadamente con la época de la Revolución Francesa, y más concretamente con la Revolución misma. Pues no solo los propios revolucionarios franceses comprendieron muy bien la naturaleza fundamentalmente disyuntiva de su empresa; sus herederos y sus oponentes respetaron esa intuición al tratar la Revolución como el terreno apropiado y primordial para la disputa histórica. Quienquiera que «controlase» la comprensión de la Revolución Francesa controlaba Francia, o en todo caso estaba en condiciones de establecer los términos de las disputas sobre la legitimidad política en la Francia posrevolucionaria. El significado de la historia de Francia en la década que siguió a la Toma de la Bastilla en 1789 proporcionó las coordenadas esenciales de la teoría y la práctica políticas no solo a Marx y a sus sucesores, sino también a Tocqueville y al linaje liberal, así como a Joseph de Maistre y sus herederos contrarrevolucionarios. Y no solo en Francia; la interpretación «correcta» de la Revolución Francesa marcó la agenda ideológica de la especulación tanto radical como reaccionaria a lo largo de todo el mundo durante la mayor parte de los dos siglos que la siguieron.

Pero fue en Francia donde la Revolución tuvo lugar y no es en absoluto una cuestión de suerte el que los más duraderos y divisivos efectos sobre la práctica política y la vida pública se hayan hecho sentir en el lugar de nacimiento de la Revolución. Francia es el Estado-nación unitario más antiguo de Europa. Los revolucionarios de finales del siglo XVIII tenían por lo tanto una buena cantidad de historia que reivindicar. Desde entonces, los acontecimientos de la Revolución y sus consecuencias domésticas han suministrado un terreno

abonado excepcionalmente rico en el que cosechar discrepancia, desacuerdo y división, tanto más polémicos y conflictivos por haberse disputado en un territorio y entre una población cuya identidad geográfica, institucional y lingüística estaba confirmada y fijada desde hacía tiempo.

El contraste con los vecinos europeos de Francia es bastante llamativo. Las divisiones y antagonismos en Alemania o Italia, que condujeron a conflictos civiles y a desastres políticos, o bien precedieron a la llegada de un Estado-nación o bien fueron patologías de anteriores tipos de Estado. A decir verdad, hay disputas alemanas o italianas acerca de la valoración y la interpretación del pasado común, y algunas de ellas se asemejan a los desacuerdos franceses. Pero con frecuencia afectan no a los pasados intraalemanes o intraitalianos sino a interpretaciones divergentes de pasados locales o regionales que solo recientemente pasaron a formar parte de una única historia de Alemania o de Italia (en algunos casos, con considerable arrepentimiento). Al este y sudeste de Francia, el pasado nacional anterior a 1939, a 1919 o a 1878 a menudo tuvo y tiene solo una existencia virtual, y se han librado disputas históricas sobre el terreno que no son tanto políticas como míticas, aunque no por ello menos sangrientas.

Francia, por tanto, es inconfundible. Es sintomático que haya sido el único país que ha visto la aparición de una gran serie de publicaciones académicas dedicadas a sus propios *lieux de mémoire*, esos «lugares de la memoria» que representan colectivamente la comprensión nacional de su propio patrimonio. De un interés simbólico aún mayor es el hecho de que mientras *La République* y *La Nation* son temas tratados en cuatro volúmenes de tamaño medio, el editor se vio obligado a dedicar tres amplios volúmenes a *Les France*, siendo aplicada su sección más larga a «Conflictos y divisiones». Sería difícil concebir un similar monumento académico a la memoria histórica común de cualquier otro Estado-nación europeo, difícil ver por qué requeriría seis mil páginas para lograr su propósi-

to, y altamente improbable que una gran parte de tanto espacio tuviera que ser consagrada a explicar los pasados que dividen a sus ciudadanos.<sup>1</sup> La tensión entre la intuitiva obviedad de la unidad francesa y la intensidad y duración de las disputas que han dividido a Francia en los tiempos modernos son los rasgos más característicos del país y de su pasado.

En el siglo xx, los tres síntomas más ampliamente comentados sobre la condición desunida de Francia han sido: las largas disputas, internas y entre las distintas familias, de la izquierda y la derecha políticas; el régimen de Vichy y su contaminante impacto en el ámbito moral nacional durante las décadas siguientes, y la crónica inestabilidad de las instituciones políticas, reproduciendo lo que a su vez el siglo anterior ya había reproducido, al repetir y desarrollar las luchas políticas y constitucionales de la propia década revolucionaria. En los cuarenta años transcurridos desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta el de la Guerra de Argelia, Francia pasó por cuatro regímenes constitucionales diferentes, recorriendo la escala que va desde la república parlamentaria hasta la gerontocracia autoritaria; en el tercero de esos regímenes, la Cuarta República, durante su breve vida de catorce años hubo una media de un Gobierno cada seis meses.

Esos tres síntomas de lo que observadores e historiadores dieron en llamar la «enfermedad francesa» derivaban directamente de controvertidas interpretaciones del pasado en general y del legado de la Revolución Francesa en particular. Izquierda y derecha eran términos cuyo uso y aplicación databan de la topografía ideológica de las asambleas revolucionarias; las divisiones internas en esas dos familias orbitaban alrededor de diferentes interpretaciones de las lecciones que había que aprender de esa Revolución y del grado de fervor que uno tuviera en su favor o en su contra. Como era de esperar, la disputa entre socialistas y comunistas en Francia giró en torno a las

---

<sup>1</sup> Ver Pierre Nora, ed. *Les lieux de mémoire*, 7 vols., París, Gallimard, 1984-1992.

reclamaciones mutuamente excluyentes de la herencia y el cometido del «inacabado» asunto de la revolución burguesa; y resultó apropiado que uno de los pocos temas en que los habitantes de la «Revolución Nacional» de Pétain pudieron ponerse inicialmente de acuerdo era su deseo de deshacer la Revolución y su herencia. En cuanto a la incapacidad francesa para construir un sistema estable y ampliamente aceptable de gobierno parlamentario o presidencial, eso tenía poco que ver con la naturaleza de la sociedad francesa, la cual durante buena parte de ese periodo se distinguió por su estabilidad auto-suficiente y conservadora. Lo que era inestable era el consenso sobre cómo gobernar esa sociedad, un resultado de la desacreditación en serie de modelos constitucionales alternativos y formas de poder político entre 1789 y el advenimiento de la Tercera República un siglo más tarde.

Las querellas entre izquierda y derecha y el problema asociado de la inestabilidad política pareció ser para los observadores de los primeros dos tercios del siglo xx la más importante y urgente de las dificultades de Francia, precisamente porque sus raíces se hundían profundamente en la rivalidad de las memorias y versiones políticas de la «verdadera» senda francesa. Para los propios participantes, por supuesto, no eran la inestabilidad o los conflictos los causantes del problema, sino más bien el rechazo intratable de sus oponentes políticos a ver el mundo como lo veían ellos. En cuanto a las querellas ideológicas, estas les parecían ser a sus protagonistas tan obviamente de primera importancia que la atención a otras preocupaciones era como mucho casual y fugaz. Hoy en día parece extraño, una curiosidad de hace bastante tiempo. Pero hace tan solo unas décadas, la vida pública francesa estaba ocupada y preocupada por el lenguaje doctrinal y envuelta en querellas hasta la ocasional cuasiexclusión de cualquier otra cosa. Eso fue así para la derecha ideológica hasta su descrédito en el abismo de Vichy, y siguió siendo así para la izquierda hasta bien entrada la década de los setenta.



Hay, sin embargo, otros modos de reflexionar sobre la historia reciente de Francia que dependen menos de la lente y el lenguaje de su pasado revolucionario. La convencional cronología institucional, con sus puntos de inflexión en 1940, 1944-46 y 1958, es vulnerable a la acusación de infravalorar la dirección y el ritmo de las transformaciones sociales y económicas. Una narrativa alternativa pondría el énfasis en la considerable continuidad social —y en el estancamiento económico que la acompañaba— desde mediados del siglo XIX hasta inicios de la década de 1950. Francia siguió siendo —sobre todo en la autopercepción de sus habitantes— una sociedad rural, agrícola, con un índice de crecimiento de la población inusualmente bajo y una marcada preferencia por la continuidad, por encima de la suerte de cambios que estaban transformando a sus vecinos en la misma época.

Desde determinada perspectiva, esta propensión a preservar el pasado frente a un presente amenazador —reforzada por la experiencia de la Primera Guerra Mundial, que impulsó a la nación a dos décadas de nostálgico rechazo— le vino bien al país. Francia sobrevivió a la depresión de entreguerras sin el colapso económico y los paroxismos políticos consiguientes experimentados por otros Estados continentales. Pero desde un ángulo diferente, la inclinación nacional hacia un arcaísmo estrecho de miras, ese desagrado por la modernización y la reforma, contribuyó al advenimiento de Vichy, cuya promesa de un retorno a los valores e instituciones premodernos se hizo eco, de manera excesivamente tranquilizadora, de los instintos tanto de la clase política como del electorado. Y no fue la Cuarta República de la posguerra per se, sino más bien las nuevas realidades y oportunidades, reconocidas por una generación más joven de burócratas y administradores a pesar de la ignorancia de sus maestros políticos, lo que impulsó a Francia después de la mitad de los cincuenta a una oleada de cambio económico, demográfico y social.

Otra versión del periodo que va de 1930 a 1970 contempla a Francia atrapada en una triple batalla entre una sociedad tímida y falta de audacia, una clase política incompetente y dividida, y un pequeño núcleo de servidores públicos, de intelectuales y de hombres de negocios frustrados por el estancamiento y el declive del país. Desde esta perspectiva, el Frente Popular de 1936, sea cual fuere su pátina ideológica, fue ante todo un primer y vacilante paso hacia la reparación de las instituciones y del sistema de gobierno del país. Condenado al fracaso en la sobrecargada atmósfera política de los años treinta, el impulso hacia el cambio, paradójicamente, se lo volvieron a apropiar algunos jóvenes participantes en el «experimento» de Vichy. Bajo la cobertura de la Revolución Nacional y la abolición de la restricción parlamentaria por iniciativa administrativa, recuperaron partes del aparato gubernativo local y nacional; sus esfuerzos tuvieron un fruto no reconocido en los logros de la modernización ministerial de la siguiente década. Solo después de 1958 con la Quinta República —e incluso en ocasiones contra los deseos de su fundador— se ajustaron el cambio social, la renovación administrativa y las instituciones políticas, con el resultado de que Francia fue capaz de superar su «enfermedad» y experimentar una vida económica y política «normal».

Lo que más llama la atención de los historiadores de hoy es lo poco que se vio afectado el sentido contemporáneo de los dilemas y opciones de Francia en los dos primeros tercios de nuestro siglo por cualquiera de estas tres narrativas alternativas. El contraste entre arcaísmo y modernidad, un tema presente en los análisis académicos (especialmente en los extranjeros) sobre Francia desde los últimos años cuarenta en adelante, rara vez fue mencionado por comentaristas políticos o por políticos franceses. Y cuando fue invocado, lo fue para elogiar al país y a su gente por haber evitado las perturbaciones que habían llevado tanto dolor a los vecinos de Francia, y cuyos definitivos riesgos y consecuencias

pudieron verse con estremecedora claridad al otro lado del Atlántico.

De manera similar, muy pocos personajes públicos franceses especularon con alternativas a la convencional disposición izquierda/derecha, republicanos/autoritarios del pasado y del presente francés. Ello fue así en parte por una ausencia de imaginación, pero sobre todo porque personas que consideraron ideas como esas tendieron a acabar de mala manera. Incluso los más imaginativos y críticos de los republicanos de finales del siglo XIX estaban muy poco dispuestos a pensar a favor de revisiones constitucionales, a pesar de los defectos manifiestos del sistema político y de gobierno de la Tercera República, por miedo a que se asociasen con los objetivos pretorianos del mariscal Mac-Mahon, el general Boulanger y (todavía fresco en el recuerdo) Luis Napoleón Bonaparte. Su temor quedó confirmado después de 1918: en el periodo de entreguerras, muchos de los más inteligentes (y políticamente frustrados) críticos de la rigidez doctrinal y política en Francia —como en otros lugares— acabaron tristemente en el campo fascista o neofascista.

Los pensadores y políticos de derechas, en un proceso más o menos paralelo de razonamiento, consideraron casi toda concesión a los representantes de la tradición republicana radical como un presagio de acuerdo con el jacobinismo extremo y por lo tanto como una traición a sus propias lealtades con el pasado, una ilusión alentada tanto por los socialistas moderados, que optaron por presentarse a sí mismos como verdaderos revolucionarios, como por los comunistas, cuya legitimidad dependía de su agresiva afirmación de que habían heredado todo lo que había de más extremo en el lenguaje y las ambiciones de la tradición revolucionaria. Incluso después de la Ocupación de 1940-1944, y del descrédito de buena parte del patrimonio político conservador, la izquierda política no estaba en mejor situación para exorcizar sus demonios. Una vez que Pétain y Vichy hubieron refres-

cado la memoria de la gente acerca de los peligros de la autoridad presidencial ilimitada, especialmente si es ejercida por antiguos generales, tuvo que pasar otra generación antes de que la mayoría de los políticos y analistas de la política franceses pudiera pensar con claridad sobre las ventajas de una eficiente autoridad ejecutiva, y en principio aprender a distinguirla de un golpe de Estado permanente.

Así pues, en la Francia del siglo xx historia y memoria conspiraban para excluir cualquier atención sustancial a lo que ahora parecen haber sido los auténticos dilemas del país, consistiendo uno de ellos precisamente en la intolerable carga de unos pasados en conflicto. La contribución de los intelectuales fue significativa a este respecto. No es necesario describir aquí una vez más la relevancia de los intelectuales en la vida pública de la Francia del siglo xx; se ha señalado bien y suficientemente por los propios intelectuales que en los años recientes han sido los más asiduos y entusiastas narradores de su propia contribución al devenir nacional. Pero no es casual que la mayoría de las historias sobre la vida y la obra de los intelectuales en Francia apenas se separen de la narrativa convencional de la historia política: porque fueron los intelectuales los que contribuyeron más que nadie a la autocomprensión de la Francia moderna precisamente en esos términos convencionales.

Una de las razones de ello es que la historia de la participación intelectual en la vida pública estaba circunscrita a aquellas ocasiones en las que parecía responsabilidad de escritores, maestros y pensadores elegir de qué lado estaban, alinearse con una u otra parte en los grandes conflictos nacionales. Estar a favor o en contra de Dreyfus; ser un socialista internacional o un nacionalista integral en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial; ser fascista o antifascista en los años treinta; estar con la Resistencia o con la colaboración durante los años de la Ocupación; elegir entre comunismo y «capitalismo», entre Este y Occidente en la Guerra Fría;

favorecer la descolonización o la defensa del imperio; propugnar radicales políticas antiautoritarias (nacionales y extranjeras) o firmes gobiernos presidenciales; y siempre y en todas partes ser izquierda o derecha: esos eran los términos en que los intelectuales se definían a sí mismos, y así contribuyeron a definir y confirmar el debate público francés durante la mayor parte del siglo pasado. La sola idea de un *intelectual* que no pensara en esos términos o que optara por transgredirlos, o por separarse completamente de tales identificaciones públicas, parecía una contradicción en los términos.

Incluso la crítica más conocida del compromiso político, como es el ensayo *La Trahison des clercs*, escrito por Julien Benda en 1927, trata de suscitar polémica al respecto. El objetivo principal de Benda eran los escritores y publicistas nacionalistas relacionados con la Action française de Charles Maurras. Tendemos a olvidar lo importante que fue esa escuela de pensadores desde comienzos del siglo xx hasta 1940, y lo mucho que así le pareció a Benda que un ataque a los intelectuales por haber traicionado el papel que les correspondía como buscadores imparciales de la verdad tenía que empezar por los pensadores más destacados de la *derecha*. Pero Benda no quería sugerir que el compromiso público fuera malo en sí mismo, simplemente que debería ser el resultado del razonamiento independiente realizado de buena fe.

Lo malo de Maurras y de sus seguidores fue que comenzaron con la hipótesis de que Francia y la nación francesa eran lo primero y que siempre debían ponerse en primer lugar, una premisa que (a los ojos de Benda) viciaba cualquier esfuerzo en favor de una desapasionada reflexión individual y de una opción moral. Con la experiencia y el ejemplo del caso Dreyfus siempre en mente, Benda sostenía que la tarea del intelectual es la de la búsqueda de la justicia y la verdad, la de proteger los derechos de los individuos y, por tanto, la de proceder en consecuencia cuando se trate de alinearse con un lado o con el otro en las grandes opciones de la época.

Pero una vez que *justicia, verdad y derechos* cayeron víctimas de la definición ideológica en el curso de los años treinta, la distinción de Benda perdió su significado y careció de cualquier punto de referencia imparcial, como pudiéramos ver en la presencia del mismo Benda después de la Liberación como compañero resueltamente comprometido de viaje de la izquierda, defendiendo los juicios-farsa en la Europa del Este estalinista según los mismos fundamentos que había reprobado a los «relativistas» morales de la derecha nacionalista. Lo que entonces había parecido la cumbre de una cínica irresponsabilidad —el alineamiento de algunos de los escritores más conocidos de Francia con la causa de la derecha nacionalista excluyendo todo lo que tuviera que ver con la verdad sobre casos individuales— se convertía ahora en la auténtica definición del compromiso responsable cuando va unido a un recurso igualmente exclusivo a la autoridad colectiva entonces fomentada por la izquierda internacionalista.

La mayoría de los intelectuales franceses del siglo xx, por tanto, no son una guía muy instructiva de lo que estaba sucediendo en la Francia de su tiempo, ya que gran parte de sus escritos sencillamente repercutían en la esfera pública las duraderas divisiones políticas propias del país. Con la abusiva ayuda de la retrospectiva, no obstante, quizá podamos remodelar la cronología de intelectuales y política por igual, aprovechándonos de la noción de responsabilidad con la que intelectuales desde Zola a Sartre estaban sin duda familiarizados, pero asignándole un significado claramente diferente y más normativo del convencionalmente empleado en historias de la conducta intelectual, donde se emplea como sinónimo de «compromiso».<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Este concepto está bosquejado en mi anterior libro *Pasado imperfecto* (Madrid, Taurus, 2007), pero solo en relación con un grupo de escritores cuya «irresponsabilidad» (en este sentido) era ahí de mi interés. Los protagonistas del presente libro asumieron la noción de responsabilidad de un modo mucho más serio, lo que hace que sean tan interesantes.